

# APRENDIENDO A MORIR





**Ignacio Berciano Pérez**

**140**

**APRENDIENDO A MORIR**

Crecimiento personal  
C O L E C C I Ó N

*Serendipit* 

**Desclée De Brouwer** 



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE CULTURA

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –[www.cedro.org](http://www.cedro.org)–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Ignacio Berciano Pérez, 2009

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2009

Henao, 6 - 48009 Bilbao

[www.edesclée.com](http://www.edesclée.com)

[info@edesclée.com](mailto:info@edesclée.com)

*Impreso en España - Printed in Spain*

ISBN: 978-84-330-2366-7

Depósito Legal: BI-2946/09

Impresión: RGM, S.A. - Urduliz

*“La muerte sólo tiene importancia en la medida  
en que nos hace reflexionar sobre el valor de la vida”.*

(André Malraux)

*“No hay nada tan cierto en el mundo como la muerte  
y los impuestos”.*

(Benjamín Franklin)



# ÍNDICE

¿Por qué? (A modo de prólogo) . . . . .	11
1. El título . . . . .	15
2. Definición: ¿cuándo? . . . . .	19
3. En la variedad . . . . .	25
4. Muerte y religión . . . . .	29
5. Muerte y sociedad . . . . .	33
6. Muerte, rito y ceremonia . . . . .	37
7. Algunas ocurrencias ( <i>boutades</i> ) más . . . . .	45
8. Desdramatizar la muerte . . . . .	49
9. Nuestra muerte y las otras . . . . .	53
10. El suicidio . . . . .	57
11. Experiencias extrasensoriales . . . . .	65
12. La medicina y la muerte . . . . .	69

## APRENDIENDO A MORIR

13. Algunos conceptos.....	73
14. Algunas personas interesantes... ..	77
15. Eutanasia y suicidio asistido .....	81
16. El duelo .....	89
17. Testamento vital.....	95
18. Y para nosotros, ¿qué queremos? .....	101
19. ¿A que no era para tanto?.....	107
20. Mi otro testamento.....	111
21. Resumiendo.....	117





## ¿POR QUÉ? (A MODO DE PRÓLOGO)

¿Por qué escribir un libro sobre la muerte? ¿Alguien lo va a leer? ¿Acaso le puede interesar a algún lector? ¿No será morboso, lúgubre, o al menos triste? ¿Es que no existen temas mejores?

Todas estas dudas, y otras muchas más que no consigno por no empezar ya aburriendo, me asaltaron a la hora de decidirme a buscar ideas al respecto, bibliografía, anécdotas, cuando la idea comenzó a germinar en mi mente y me decidí a pasarla al papel. En esta sociedad nuestra actual, en la que los principales valores en alza son la juventud, la felicidad, el triunfo, ¿puede tener su lugar un libro que nos hable sobre la muerte?

Pero, por otro lado, y antes de que nadie empiece a responderse a sí mismo todas estas preguntas, ¿quién no ha sentido esa congoja que a veces nos asalta al pensar que terminen los días, muchos o pocos, que nos resten de vida? ¿Quién no ha tratado de imaginar cómo y cuándo puede finalizar su existencia?

Siempre se ha dicho que en la literatura, y por extensión en el cine, hay unos pocos temas recurrentes, inevitables: el amor y el



odio; la paz y la batalla; las relaciones humanas; la vida y, por supuesto, la muerte.

La razón principal de escribir este libro es la de plantear unas preguntas y hacerles frente. En el proceso de escribir, de llevar las ideas al papel, o al ordenador, tal vez algunas dudas personales e íntimas se resuelvan, se reafirmen algunos conceptos. Mirar detenidamente a la cara de la muerte y poder decir lo que vemos, tratar de entenderlo y de explicarlo. Luego, más tarde, ya veremos si nos tenemos que asustar o no.

Las dudas, las preguntas, en primer lugar son las del propio autor y sus colaboradores, pero también de alguna manera las de todo el mundo, son universales como universal es el hecho de morir. Todas las personas se plantean las mismas o muy parecidas desde que el hombre se vestía con pieles y habitaba en las cavernas, variará la dialéctica, pero no el sentido. El ser humano es el único animal que se atormenta con la muerte, los otros animales la aceptan como algo que está en la naturaleza, como aceptan el día y la noche, el sol y el viento. Algo podríamos aprender de ellos.

Si hay algo que tiene importancia en la vida es la propia vida, y ésta se termina al morir. Vida y muerte son conceptos que van unidos (aunque a nosotros nos gustaría separarlos en algunas ocasiones), un binomio inseparable que afecta a todos los seres, a todas las cosas. El yin y el yang (¿cuál será el yin y cuál el yang?). El blanco y el negro. Por cierto, existen culturas, sociedades, que relacionan el hecho de la muerte con el color blanco. Sus lutos y sus duelos son de blanco. También es algo en lo que pensar, ¿un punto de vista distinto para tratar de comenzar a pensar diferente?



Y, a todo esto, un aviso para navegantes. Quizás alguien se sorprenda del tono desenfadado y sencillo de algunos párrafos, incluso no exentos no ya de desdramatización, sino teñidos también de una manifiesta ironía. Bueno, pues es que esa es una de las intenciones del texto, desdramatizar en lo posible lo que no es sino un hecho natural. Aceptar con tranquilidad de espíritu aquello que en algunos momentos no queremos ni siquiera imaginar. Buen y loable propósito, ¿no?

Nacer, vivir y morir, a esto se refiere finalmente todo, no hay más secretos. Eso estaba en el contrato establecido cada uno con su dios o, más simplemente, con el testamento genético de sus antepasados. Contrato, por cierto, que no firmamos nosotros, sino nuestros progenitores, pero contrato al fin y al cabo. ¿Cómo rechazar entonces a la muerte? ¿Acaso todavía no hemos leído la letra pequeña? No hay rechazos ni devoluciones...

Pero antes de que nadie se escandalice y, lo que es peor, deje de leer y cierre definitivamente este libro, le diremos que es precisamente, fundamentalmente, la muerte lo que da todo el valor y toda la plenitud a una vida. Lo que le otorga su enorme valor intrínseco a todas las existencias.

Somos mientras tenemos consciencia de ser; es decir, aquí y ahora. Mañana, no lo sabemos. Después de morir, tampoco.

Una vida eterna, aquí, en este valle a veces de lágrimas, no sería sino una historia con los mismos argumentos repetidos hasta la saciedad, y conducente a un hastío insoportable. Ya lo escribió Borges en *El inmortal*. Incluso quizás también él se aburriera de vivir, al final, cuando ya dictaba sus obras y le leían las de otros.



Otro escritor, Luis de Castresana, también opinaba algo parecido. Cuando le preguntaron si le gustaría volver a vivir en una entrevista, cercano ya y tal vez lo presentía, el final de sus días, respondió sin dudarle que no, que ya se sabía la película.



# 1

## EL TÍTULO

El título de un libro, de cualquiera, es algo decisivo, casi, casi, fundamental. Puede evocarnos en su sonoridad algo bello o algo ridículo, predisponernos a sentimientos antes de leer su contenido que tal vez luego no se correspondan al acabarlo. Podemos llegar a decir, a las cuatro páginas, que no nos gusta la obra o, por el contrario y más difícilmente, terminarlo con gusto y aprovechamiento a pesar de que no nos atraía cómo se titulaba. Es el escaparate de la tienda en la que aún no hemos entrado.

También ocurre en el cine, incluso hay ocasiones en que un título absurdo sea suficiente para no entrar en el cine a ver una buena película. Esto se ha visto demasiadas veces en las traducciones de películas extranjeras que luego se ofrecen al público con una ridiculez de frase imaginada por el obtuso encargado de turno que en absoluto responde a la idea original del director.

En la línea de tantos libros de autoayuda, criticados hasta la saciedad, se nos ocurrió (a nosotros, el autor y su equipo de colaboradores y amigos, no es un plural mayestático) el de *Escuela de*



*muerte*, pero resultó ser un tanto amenazador, muy lejos, en las antípodas, de nuestra intención al comenzar a escribirlo. Y al acarlo también, ¿eh?

Recordaba un poco a esas películas estremecedoras de la serie B de adolescentes norteamericanos que fenecen acechados, acorralados y posteriormente troceados con un hacha o con un cuchillo de trinchar el pavo del día de Acción de Gracias en una estremecedora noche de Halloween. Descartado.

*Ars moriendi* era una mejor elección, en nuestro modesto entender. Se refería al modo en el que se preparaban para afrontar la muerte en la Edad Media, las personas afortunadas que no se amedrentaban en exceso. Hay un tratado antiguo que se llama así. Pero, claro, es un latinismo y un latinismo en estos tiempos parece un tanto decadente y cultérrimo, evocando la imagen de un escritor pulcro y peinado, con pajarita al cuello a lo don José María Pemán (si es que la lució alguna vez, no sabríamos decirlo) y escribiendo con pluma (con estilográfica). Lo descartamos, no son estos tiempos para alardes culturales, ahora mucho personal rememora el ideario del difunto general Millán Astray que siempre decía que cuando escuchaba la palabra cultura sacaba la pistola. También dijo la famosa frase que crispó a don Miguel de Unamuno, *¡viva la muerte!*, que entronca más con estos párrafos.

*El arte de morir*, vulgarización del anterior, es un buen título, a nuestro entender, acercándonos tal vez imágenes de un hedonista que aprecia todos los placeres que la vida le ofrece y no se atemoriza ante la idea de la muerte. Ya sabe lo que decían: “No me preocupa, cuando yo estoy ella no está, y cuando ella está yo ya me he ido”.



Era un buen encabezamiento, pero alguien cayó en la cuenta de que había una película titulada igual, hace pocos años. Mala suerte.

De modo que, finalmente y tras arduas deliberaciones, nos decantamos por el actual, y definitivo, *Aprendiendo a morir*, que comparte idea e intencionalidad con los anteriores. Lo mismo que hay que aprender a vivir, hay que aprender a morir.

Cuando ya era demasiado tarde nos enteramos por Internet, fuente inagotable de información de la que bebemos todos, de que hubo una película de toreros con el mismo título, hace bastantes años, protagonizada por Manuel Benítez, *El Cordobés*. Y si a él no le parece mal, que la casualidad nos haga compartirlo, a nosotros tampoco. A pesar de no ser aficionados al arte del toreo, es innegable que son los toreros hombres en estrecha relación con la muerte. A veces la cercanía es de milímetros, el asta asesina roza la femoral o acaricia como un suspiro que sólo ellos escuchan la carótida. En todos sus rituales y su parafernalia está presente la muerte, de modo que es bastante lógico que aparezcan en estas líneas, siquiera un tanto tangencialmente.

Y ya no da para más, lo referente a este apartado, tan sólo lanzar la montera (metafórica) hacia los toreros del público lector:

¡Va por ustedes!







# 2

## DEFINICIÓN: ¿CUÁNDO?

¿Cuándo estamos muertos?

Parece una pregunta bastante tonta, ¿no?, al menos para nuestros oídos, enteramente mediatizados por nuestra cultura occidental. Pero, si resistimos el impulso de abandonar la lectura de este libro, por simple, y la meditamos durante unos segundos, a lo mejor no es tan sencilla como parece.

Hace mucho tiempo estabas muerto cuando dejabas de respirar y de responder a estímulos externos. Más tarde se añadió la falta de pulso y de latido cardíaco. En los tiempos de influencia de la moderna medicina, comenzamos a aceptar otros parámetros como el electrocardiograma plano y la falta de actividad en el electroencefalograma, suponiendo esto una falta de actividad en el corazón y en el cerebro, respectivamente; el cerebro tarda unos minutos en morir, después de que ha muerto el corazón, explicado lo más sencillamente posible y con la falta de rigor científico que ello conlleva. Actualmente el criterio de moda, entre los entendidos, es la muerte encefálica.



De modo que ya hemos introducido algunos factores más, en el asunto, que ya no lo hacen tan sencillo. Y mucho más aún si empezamos a hablar de temas como la donación de órganos, aquí sí tiene más sentido hablar de momentos exactos, se complica todo con las connotaciones legales que pueda haber.

Sin querer llegar a debates técnicos, no es la vocación de este libro hacerlo sino la de conducirnos a pensar a todos, autor incluido, se puede decir que las células cerebrales mueren en pocos minutos sin oxígeno, pero las células de las uñas o de los cabellos tardan bastantes horas en detener su crecimiento y morir, cuando el corazón ha dejado de latir. En cuestiones legales se prevé que habrá que hilar muy fino al respecto en los tiempos venideros.

En tribus antropológicamente (y geográficamente también, todo hay que decirlo) muy lejanas a nosotros no piensan que sólo haya las dos posibilidades clásicas en nuestra cultura: vivo o muerto. Para ellos existe una serie de estadios que van desde “vivo del todo” a “muerto del todo”. El primero sería la plenitud vital de la juventud; el último, la desaparición del recuerdo que nos dejó el fallecido, años después de la muerte biológica. También existen los equivalentes, sorprendentes para nosotros, a “un poco muerto”, “casi muerto”, “algo muerto”,...

La nomenclatura puede variar en su cultura, pero no el mensaje que subyace y va mucho más allá de nuestra dicotomía *vivo o muerto*. Es algo parecido al lenguaje de algunas tribus indias norteamericanas que tienen nombre para decenas de tipos de nubes, no sólo cirros, estratos, cúmulos y nimbos que recuerdo de mi enciclopedia infantil, seguro que ya no se llaman así. O en pueblos de la Polinesia que llaman al mar de muchas maneras, dependiendo del momento, O, más cercano, el pintor que tiene muchas denominaciones para las distintas tonalidades del color azul, o el rojo, o el verde.



## DEFINICIÓN: ¿CUÁNDO?

Y si todavía a alguien le quedaba en el rostro una sonrisita de suficiencia ante la aparente simpleza mental de estas tribus, que intente trasladar a sus estadíos el concepto de coma. ¿Está viva una persona en coma irreversible? Muerta no, por supuesto, pero su estado está bastante alejado del concepto de una vida plena. ¿Y una parálisis cerebral completa?

Ya no parece tan tonto el concepto de la muerte de aquellas personas, por muy primitiva que sea su cultura, ¿verdad?, los distintos grados de estar muerto. Y si lo aplicamos a las últimas discusiones del debate continuo acerca de la eutanasia, entonces empieza a complicarse más todavía.

En otras sociedades, también antropológica y geográficamente alejadas de la nuestra, cuando alguna persona estaba cerca de la muerte, por edad o por enfermedad, se alejaba del poblado y se dejaba morir. Sabía que le quedaba poco tiempo de vida y que iba a entorpecer el funcionamiento del grupo social, se despedía de familiares y allegados y permitía que la muerte le alcanzara. No se suicidaba, al menos por su propia mano; permitía que la naturaleza (los dioses de la naturaleza) acabara con su existencia. Y eso era para ellos lo justo, la costumbre, no salvajismo ni una crueldad manifiesta.

Una forma de pensar bárbara desde nuestro punto de vista, dejar que un enfermo o un anciano se muera de hambre o de frío, permitir que fallezca sin ayuda. Enteramente reprochable y sólo atribuible a una sociedad primitiva.

Pero surge enseguida otro pensamiento, en base a nuestra cultura y a nuestra capacidad tecnológica, médica y social, en respuesta a los logros que hemos conseguido y que comienzan a desbordarnos, o al menos a preocuparnos: ¿Hasta dónde alargar arti-



ficialmente la existencia de un enfermo desahuciado, de un anciano que ha cumplido su ciclo vital y no es sino un triste recuerdo de lo que una vez fue, caquético y dolorido, con la mente irremisiblemente perdida, inválido y llagado?

¿Cuál de las dos actuaciones es más reprochable?

Pero antes de continuar, desde aquí, desde estas líneas todavía apenas de comienzo tan sólo un momento de reflexión, de exposición de intenciones: Las dudas van a ser planteadas, pero sólo como unos razonamientos a los que tiene derecho todo ser humano, y casi también la obligación ética y moral de hacérselos. Las respuestas, las decisiones al fin y al cabo, deberán salir de nuestro interior, de nuestra íntima creencia, no de condicionamientos legales, sociales o religiosos.

Las costumbres, las legislaciones y las religiones han cambiado y seguirán cambiando, evolucionando. Las leyes son arrastradas por la costumbre y la ciencia y, a su vez, arrastran a las religiones, muchas veces pavorosamente retrasadas y ancladas peligrosamente al pasado.

Los cambios siempre nos indican no sólo que estamos vivos, sino que somos vitales. Es la hora de decidir.

P.S.: Aquí finalizaba originalmente el apartado pero, a veces, en la elaboración de un libro, intervienen otros factores distintos que no controlamos. Tumbado en el sofá el autor, su posición favorita para la práctica de esa suerte de meditación en nada trascendental que es ponerse delante de la televisión, cambiando de canal con la agilidad mental que dan muchos años de zapping, escuchó una frase en el contexto de una película.



## DEFINICIÓN: ¿CUÁNDO?

No sé el título del largometraje, ni tampoco en mi incultura si era la frase original del guionista o más merecidamente a mi juicio, de algún filósofo, pero me pareció caída del cielo o de algún lugar en el que habiten las musas. No me resisto a ponerla aquí, a modo de ejercicio de pensamiento:

“¿Dónde está la sabiduría que perdimos con el conocimiento?”

